

son como los pasos con que mi alma camina hacia el cielo..... pero quisiera saber algo más, conocer más de cerca al común Señor de las cosas.

Calló el monje sorprendido de la grandeza de aquella alma y de los tesoros de ciencia y de virtud que se encerraban en el inocente corazón de Tomasito; y al narrar á los demás religiosos la entrevista tenida con el niño, seguramente repetirían todos absortos la pregunta que se hicieron muchos de los que presenciaron las maravillas obradas en el nacimiento del Precursor: *Quis putas puer iste erit?.... Nam et manus Domini erat cum eo.* ¿Quién pensáis que va á ser este niño en el que tan clara y ostensible se ve la mano de Dios?....

Así iba el cielo complaciéndose en evidenciar las gracias que había derramado á manos llenas en el noble vástago de los Condes de Aquino: así crecía éste en ciencia y en virtud en presencia de Dios y de los hombres, y en lo sucesivo, todos los alientos del alma de Tomás, todos los suspiros de su corazón, las lágrimas de sus ojos, los pasos de su vida, se redujeron á encontrar la respuesta más contundente y perentoria de aquella cuestión sublime que sobre la Divinidad se le ocurrió en la Abadía del Monte-Casino.



### CAPÍTULO III

#### LA LUCHA Y EL TRIUNFO

Si la humana existencia fuese como la de sus progenitores en el estado de gracia y de amistad con Dios, sería la vida un paraíso de hermosuras sin una espina, ni una gota de sangre, ni una lágrima de tristeza. Pero en el estado actual en que se encuentra el hombre proscrito por su Dios y con el estigma del destierro en la frente, la vida es un Calvario continuo, una lucha sin tregua, un palenque donde las almas de temple y bizarría prueban á cielo abierto su desnudo y su valor. ¡Dichoso el que en la arena sabe ganarse la palma del triunfo!

De esta lucha sin cuartel contra los enemigos del hombre, no están exentos ni los mismos santos, los amigos de Dios; antes ellos, como héroes que son, deben sostener con más aguante el tur-



bión que se nos viene encima á cada paso y contra esos héroes arrecia más enojada la tempestad y en torno de los santos rujen más desbravados los adversarios de nuestra dicha y de nuestro bienestar.

Tomás de Aquino había nacido para coloso y gigante; en sus ojos se divisaba el aire marcial del bravo soldado dispuesto á luchar por la defensa de los intereses del mejor de los capitanes, Jesucristo; en sus labios había puesto al cielo palabras de vida eterna, y en su frente relampagueaba un destello de lumbré infinita que le acreditaba de genio y de adalid en la historia. Nada tiene pues de extraño que los eternos enemigos de Dios, al contemplar la energía del alma de Tomás, al columbrar su grandeza, se hiciesen últimos de potencia y á voz de comunidad movieran cuantos resortes hallasen á mano para batir y derrocar la firmeza y la constancia de aquel corazón magnánimo.

Contemplemos la lucha del Ángel y admiremos su victoria.

Cuando á los once años de su edad, salió el niño Tomás del monasterio en que había recibido la primera educacion, determinó su familia tenerle consigo unas semanas en el Castillo de Loreto para disfrutar á solas y de lleno de la compañía de aquel infante amoroso imán dulcísimo del co-

razón. Allí también mostró la Providencia cuánto le agradaba la virtud del niño predilecto, cuando socorriendo éste á hurtadillas y con mano generosa á los mendigos que acudían á la Fortaleza, sorprendido en una de estas santas aventuras por su padre el Conde Landulfo, al desdoblarse los pliegues del manto bajo el que ocultaba la limosna, cayeron al suelo, en vez de mendrugos de pan, multitud de flores llenas de riquísimo aroma.

Del Castillo de Loreto donde pasó el niño Tomás como una temporada de vacaciones, fué llevado á la Universidad de Nápoles siendo allí sus profesores, en lógica y bellas letras el famoso Maestro Martín, y en las ciencias naturales el no menos ilustre Maestro Pedro de Irlanda. No se maleó el tierno niño en las aulas de la Universidad con el roce de los compañeros no siempre muy escrupulosos ni dados á las cosas de Dios. Precisamente allí fué donde se acrisoló la santidad de Tomás, donde su inteligencia comenzó á lucir con inusitados fulgores y donde su corazón, oyendo la voz del cielo, buscó en la descansada vida de los sabios y en el sosiego dulce y claro del verdadero *Fabio*, la paz y la dicha que llenan al alma de dulzuras.

La Orden de los Predicadores estaba entonces en su naciente esplendor, y brotando á la vida en la aurora más bella y galana, derramábase por el



mundo con el ímpetu de aquellos nobles y generosos alazanes que el profeta vió recorrer la tierra en medio de la general admiración. El espíritu del Patriarca Santo Domingo animaba brioso y pujante los corazones de sus hijos los dominicos, é inflamados ellos en un celo verdaderamente apostólico, marchaban reunidos en falanges numerosas ó dispersos de uno en uno como astros de radiosa claridad, llevando á las más apartadas regiones el fuego de su amor santo y la luz de su doctrina evangélica. En los grandes centros de población y entre el bureo de sus habitantes lo mismo que en las soledades incultas donde todo triste ruido hace su habitación, véase al Hermano Predicador vestido con el blanco hábito que la Virgen le regalara un día, extendiendo el reinado de Jesucristo y cooperando con su actividad leyendaria á la obra inefable de la salvación de las almas.

Nápoles contaba también con un escuadrón de la nueva milicia creada por el Patriarca de Caleruega, y era el convento de los dominicos de la poética y culta Nápoles centro de ilustración y de progreso, casa de misericordia, santuario y templo donde la ciencia y la santidad se unían en fraternal abrazo. Uno de los religiosos de la comunidad, llamado Juan de San Julián, hombre de muchas letras y formado según el corazón de Dios, conoció al niño Tomás y no sé cómo, ni de qué

manera; quizás por coincidencia, acaso por previa voluntad y disposición de Dios, y yo á esto último me atengo porque creo que el acaso y la quimera jamás resuelven nada que sea positivo. El hecho es que el célebre dominico llegó á conocer al niño de los Condes de Aquino: conocerle, admirarle y amarle con delirio fué todo uno. Algo muy grande debió de ver en la frente despejada y en el corazón del niño angelical, cuando al tratarle el varón de Dios, exclamó: «¡Oh y con qué gran tesoro va el Señor á enriquecer á mi Orden!

El pronóstico se cumplió, y al poco tiempo, Nápoles sabía con sorpresa que el joven Tomás era novicio en la Religión de los Predicadores.

Y aquí fué donde la lucha comenzó y donde se libró el combate.

Como si la entrada en una Orden, que aunque nueva y rigurosa, venía siendo un seminario de genios y de colosos, fuese un crimen de *lesa-familia* ó un atentado contra el sentido común que tan raro se vende en el mundo, no bien corrió la noticia del suceso y se supo que, salvando inmensas montañas de dificultades, el noble *Condesito* había cambiado su atalaje y sus vestidos por el cándido hábito dominicano prefiriendo la soledad y la Cruz al bullicio y al regalo de la carne, sucedió lo de costumbre y algo más; es decir que se levantaron protestas de todos los tonos, hubo m



chas alharacas y recriminaciones, muy pocos aplausos, como no se cuenten los del cielo, y se alzó una gritería feroz, no tanto contra el tierno mancebo á quien se suponía *gratis* ofuscado y seducido, sino contra la Orden que llena de júbilo le acababa de abrir las puertas de su corazón y le había recibido en su seno. Y ¡quién lo creyera!.... los que más recio clamorearon y levantaron el grito por la decisión de Tomás, fueron sus parientes, sus hermanos, su padre y hasta la virtuosa y noble dama Teodora madre de nuestro Santo.

El amor es una de las palancas más formidables del mundo, y así como bien ordenado y en cauce produce las obras más dignas y encantadoras, así ese mismo amor descompuesto y dislocado suele ser causa frecuente de enormes descalabros y fracasos. Amaba mucho la Condesa Teodora á su hijo Tomás, pero no le amó bien cuando se quiso interponer entre Dios y el niño pretendiendo disputar al Señor lo que por indiscutible y sacrosanto derecho le pertenecía. Y como Dios, cuando interviene en una causa, indefectiblemente se la gana, al cabo tuvo la Condesa que ceder en su empeño y bendecir á la Providencia que velaba por su hijo.

Y además, ¿de qué hubiera servido á la madre de nuestro Santo el haber logrado en definitiva

que su hijo no abrazase la vida religiosa? De nada bueno por cierto y aún quizás con ese empeño hubiera atraído sobre sí y toda su familia la maldición de Dios que sabe castigar, como se dice, sin palo ni piedra. La vocación á un estado sea el que fuere y sobre todo al religioso, aunque otra cosa digan los Salmerones, los Galdós y otros *ejusdem farinae*, es un asunto de gran monta y trascendencia suma, y á los padres de familia incumbe ante todo el deber sagrado de observar con ojos de Argos las inclinaciones naturales de sus hijos y su vocación hacia uno ú otro género de vida, cuidando de no empecer sino más bien de coadyuvar la acción providente de Dios sobre los niños.

No hubo de meditar mucho al principio en estas máximas cristianas la de otra parte noble y virtuosa madre de Santo Tomás, y dejándose llevar demasiado de los impulsos del corazón, trató de impedir á roso y velloso la vocación de su hijo, ayudando á la Condesa en esta obra desatinada, su marido el Conde Landulfo, y sus hijos conchabados para despistar al angélico mancebo y arrancarlo *velis nolis* de la vida religiosa que acababa de abrazar.... Pero todo fué inútil y contra todo viento y marea venció luchando como un campeón denodado y experto en medio de todos los enemigos que se alzaron contra él.



Los religiosos que tenían perfecto conocimiento del tesoro que Dios les acababa de regalar, temieron perderlo con tantas manos como trataron de apoderarse de él, y aconsejados por el mismo novicio, le trasladaron á varios puntos y lugares hasta llegar al convento de Santa Sabina de Roma. No cejó la madre en la lid, y á Roma le siguió ganosa de hacer su hecho, y trasladado á París el Santo, no cesaron las artes y las garrambainas de la familia contrariada hasta que á viva fuerza le sacaron del monasterio y se llevaron al purísimo joven á un Castillo ó finca de Roca-Seca.

Lo que Santo Tomás sufrió en estos lances y percances, no tiene nombre ni cuento; sólo Dios y el corazón de su siervo pudieron comprender la grandeza de las pruebas y lo doloroso de las tribulaciones. Custodiado por sus dos hermanos Landulfo y Rainaldo, trataron éstos de despojarle en el camino del hábito religioso que Tomás por empeño especial había logrado sacar puesto del convento, y sólo cejaron en su necio propósito cuando se estrelló una y mil veces contra la oposición enérgica y decidida de Tomás.

En Roca-Seca llegó para el ángélico joven el momento de apurar las heces del cáliz de la amargura, y abandonado á sus propias fuerzas, aunque nunca le faltó el auxilio de Dios, arreciaron los ataques y se pusieron en juego todas las pruebas.

Ni un mártir, hubiera hecho más limpio y hermoso el sacrificio que Santo Tomás. Suplicó el padre, rogaron las hermanas, amenazaron los hermanos. lloraron unos, se mofaron otros, y la madre, postada de hinojos, pidió al hijo de sus entrañas que abandonase su resolución en honra de su familia, por el buen nombre de su linaje y por el amor que profesaba á la autora de sus días.... ¡Engaño cruel y desatinado, farsa ridícula con asomos de sacrilega con que el amor carnal quería arrebatarse á Dios lo que por juro propio le estaba reservado! Y ¡cuántos padres de familia imitan la conducta reprochable en este punto de la Condesa Teodora! ¡Cualquier cosa menos lo que Dios quiere! ¡Cualquier oficio y empleo aunque sea el *tancredismo*, el de payaso ó el de pelotari ó el de galopín con tal que no sea servir á Dios en el estado religioso!..... Aquí pelagra el honor de la familia, aquí se oscurece toda gloria y se eclipsan todos los luceros y se hunde toda prosperidad; en el frontón, en la plaza de toros, en la taberna, en la poltrona del gabinete, en Fornos ó en los salones de Piñata, ahí no ocurre novedad, todo va como una seda, la inocencia en retirada, la desvergüenza en auge, la virtud por tierra y la sensualidad enrespada hasta las nubes.... *Así va ello.*

Y no es decir esto que, como el bellaco lego de quien graciosamente aunque con mucha impru-



dencia y sobrado desahogo nos habla el P. Isla en su *Fray Gerundio*, se haya de meter la vocación á empujones y se hayan de pescar los jóvenes como las truchas en los ríos; ni trato de afirmar que únicamente en las Ordenes religiosas se santifica el alma y se toca el cielo con las manos con sólo *asistir á coro y tener la ración segura* (1). Algo más se necesita para ir al cielo y á este cielo, fin y descanso de las almas, puede muy bien llegarse fuera de los claustros con la guarda de los santos Mandamientos. Pero las almas de talla como la de Santo Tomás de Aquino, quieren dar á su Dios mayores pruebas de su fidelidad y de su abnegación, y escuchando con amor el dulce llamamiento de la gracia, abandonan el mundo, y en la soledad y en la Cruz buscan el holocausto y el sacrificio com-

(1) Frase grosera que el mencionado P. Isla pone en boca del pedazo de lego al ponderar éste á *Gerundio* la excelencia de la vida religiosa. Todo el Capítulo donde se habla de este asunto y otros muchos de la obra del insigne P. jesuita, son en verdad modelos de elegancia en la forma literaria, aunque bien se pudieran sacar á flote sus puntos negros: pero la rechifla que se hace en el citado libro de las Ordenes religiosas, es una de las cosas que no me explico en un varón, por otra parte virtuoso y benemérito. Seguramente que no se acordó el buen Padre Isla de aquel consejo de Cervantes:

Advierte que es desati...  
Siendo de vidrio el teja...  
Tomar piedras en la ma...  
Para tirar al veci...

pleto entregándose al Señor con un desinterés heroico y por todo extremo admirable.

Recluido el angelical mancebo en el Fuerte de Roca-Seca y extremando la familia del Santo los medios para acabar de vencer la constancia de su alma, apañabraron á dos de sus hermanas, Marieta y Teodora, á las que el castísimo joven profesaba especial cariño: más sucedió lo contrario de lo que se pretendía; porque avistándose las dos hermanas con el santo novicio, las habló con tal suavidad y decisión sobre lo vano de las cosas del mundo y la excelencia de la virtud, que lejos de estorbarle en su empresa, tornáronse sus más entusiastas ayudadoras y sus secuaces más constantes en la vida de la Cruz y del sacrificio.

Y así continuaba Santo Tomás cada día más resuelto en la cárcel doméstica. No despreció tampoco el tiempo en las semanas que estuvo en la reclusión, pues habiéndose proveído de la Biblia, del Libro de las Sentencias y otros de excelente doctrina, sirvióse de ellos en su cautiverio ilustrándose á maravilla su entendimiento al par que se vigorizaba su corazón en la lucha y en la prueba. Por eso Santo Tomás desde su hermosa juventud, pudo decir con más propiedad que el poeta:

Yo soy como la abeja,  
que en los rosales



toma la miel que deja  
luego en panales:  
y á su colmena  
del dulce de las flores  
va siempre llena. (1)

Pero si el Dios de la santidad y de las ciencias, se complacía en colmar de sus misericordias al angélico joven, los deudos de éste no dejaban piedra por mover en su afán de blandear y reducir la constancia del purísimo mancebo. Y pasado el período de las caricias y de los halagos, vino la época de las amenazas y de las injurias llegando sus desalentados hermanos á rasgar el hábito que el Santo amaba con delirio. Todo lo sufrió el joven angélico con espíritu varonil, hasta que llegó el momento decisivo en que iba á resolverse al negocio de una manera acabada.

Inspirados, sin duda, por el infierno, Landulfo y Rainaldo apelaron á un sistema de ataque en que hubieran cedido los más robustos cedros del Líbano y hubieran flaqueado los titanes más aguerridos.... En la misma habitación en que se hallaba Santo Tomás, introdujeron una mujerzuela desenvuelta y liviana que con sus argucias y tentativas pretendió vencer al que no habian podido derrocar las lágrimas de una madre, los ruegos

(1) (Zorrilla—*La leyenda del Cid*—Prólogo).

de un padre, las amenazas de los hermanos, las ternuras de sus hermanas, los malos tratamientos, la cárcel, los dolores, los denuestos.... Pero ¡vive Dios! que no ha de caer en el lazo infame el Ángel de la inocencia y de la pureza. Y lejos de cobardear al verse rostro á rostro con el enemigo, emulando á los eremitas más esforzados, avanzando aún más que un San Benito y un San Jerónimo, inflamado en el amor de Dios que ocupaba de lleno su corazón, invocando en el lance supremo el auxilio de la que es Madre del Amor hermoso, coge un tizón encendido que por acaso en la estancia había y arrójasele con valor á la malaventurada mujercilla que huyó despavorida y confusa mientras que el Ángel victorioso haciendo con el arma inesperada una cruz en la pared, cae de hinojos y bañado en lágrimas dando gracias al Señor por el triunfo y pidiéndole nuevo socorro para no desmayar jamás en el combate.

Óyense de pronto melodías inefables más dulces y regaladas que las brisas de Abril y las auras de Mayo, y entre nubes recamadas de oro, entre las niveas alas de los ángeles, baja del cielo la Santa Madre de Dios, la Reina de la inocencia y del candor. Viene María á visitar á su hijo; y entre caricias indefinibles y halagos que no pueden explicarse con palabras, los ángeles que acompañan á la Virgen, toman entre sus manos al he-



roico mancebo y ciñendo sus lomos con un cordón milagroso le prometen en nombre de Dios y de su Madre el triunfo y la victoria en todos los combates y en todas las luchas contra la castidad.

Tomás había vencido en la sin igual batalla; la Virgen enjugó sus lágrimas y celebró sus hazañas, y los ángeles besando con amor purísimo la frente de aquel joven en quien podían mirarse como en hermoso espejo de inocencia, tornaron á subir al cielo dejando en la tierra el cingulo bendito como prenda inequívoca de la lucha y de la palma de Santo Tomás....

¡Ojalá que los jóvenes de nuestros días supieran imitar al Doctor angélico en estos triunfos que dan más gloria y mejor nombre que todas las hazañas de Alejandro el Magno y de Julio César!... Venciendo en estas lides difíciles de la pureza donde tantos valientes caen, darían muestras en sus tiernos años de la energía y firmeza de sus almas, de la excelencia de sus facultades de la nobleza de su sangre, y del arraigo de su fe en Dios. Así aparecerían en la sociedad y en la historia coronados como el vencedor con guirnaldas de rosas y azucenas; así reverdecerían con frescura hermosa las potencias de su alma y descenderían á su entendimiento y á su corazón, dos rayos de luz divina, la ciencia y la virtud, que

son herencia indiscutible de los que como Santo Tomás, saben triunfar en los combates de la vida (1).

(1) El cingulo maravilloso con que fué ceñido Santo Tomás y que se conserva en nuestros tiempos, ha dado origen á una Cofradia hermosísima denominada *Milicia Angélica*, como puede verse al final de este librito.

